

tímido parece. En cuanto a las ideas de Haya de la Torre, nada traen que pueda ser nocivo para nuestras repúblicas. Por el contrario, las tendencias juveniles que se hacen presente cada vez con mayor autoridad están inspiradas en un sano deseo de renovación, de liberación, de enaltecimiento de nuestras repúblicas.

El único peligro reside en la continuación de lo existente, en la prolongación, con nombres distintos pero con fondo idéntico, de la preeminencia de la oligarquía en las cosas internas, de la presión del imperialismo en las cosas externas. Nos hemos dormido en la etapa colonial y es necesario que nuestros pueblos sacudan la modorra y despierten a la verdad del siglo.

A propósito de los sucesos del Perú, escribí recientemente que la caída del Dictador Leguía, que ha resonado en América como anuncio lúgubre para muchos gobiernos, no marca más que una etapa. Si aspiramos a cambiar fundamentalmente las cosas, no hay que creer que basta derribar el tirano para que la injusticia acabe. Hay que velar sobre lo que viene cuando el usurpador se va.

Los hombres no son más que incidentes. Lo único que importa son las ideas. No perseguimos una venganza, ni una ambición, sino una obra. Lo que urge es reaccionar contra las malas costumbres políticas, contra los errores endémicos, contra la absurda organización de nuestras repúblicas, si es que se puede llamar «organización» al dominio de una oligarquía o de una plutocracia que nunca tuvo más visión de la patria que sus conveniencias.

Nada más peligroso que una revolución a medias. La juventud debe velar para que el sacrificio no sea estéril y no se reduzca todo a la satisfacción aparente. Hay que afrontar al fin nuestros problemas. En el orden interior: la justicia social, la situación del indio, la división de la tierra; en el orden exterior: la defensa contra el imperialismo, la organización de la economía nacional, la aspiración a la Patria Grande. Hay que organizar a la América Latina en favor de la América Latina misma, y no, como ahora, en favor de los inútiles del terruño y de los piratas de afuera.

Esto hará acaso sonreír a los «hombres de Estado» a la antigua usanza, que en cien años de gobierno no han sabido hacer más que el mosaico hipotecado y doliente que nos van a entregar ahora. Pero esa es la política del porvenir, pese al egoísmo de los privilegiados.

Que la juventud vele para que el esfuerzo no se malogre, para que la oportunidad no se pierda. Lo que empuja hoy a nuestro Continente es un fervor análogo al que determinó el separatismo. Es, en realidad, la segunda independencia lo que vamos a hacer. Bolivia, el Perú, la Argentina, el Brasil inician el levantamiento de toda nuestra América contra las oligarquías que la devoran, contra el extranjero que la oprime.

Que la juventud se apodere del timón y dirija la barca. Si no lo hace, se habrá perdido acaso para nuestras repúblicas la última posibilidad de vivir plenamente independiente.

—¿No es verdad que la sublevación militar, el *cuartelazo* del que ya creíamos libre para siempre a la Nación Argentina, representa antes que un avance, una regresión política? El viejo Irigoyen sería todo lo autoritario que se quiera, pero, después de todo, era un hombre emanado del pueblo, amigo de los obreros y de los campesinos, y opuesto a la plutocracia y a la política del dólar. Mientras que ahora, ya tenemos en la Argentina una Dictadura militar, igual o parecida a la que ya va durando demasiado en Chile.

—Los acontecimientos de la Argentina fueron presentados por el cable como un movimiento popular contra la tiranía; pero, en realidad, se trató de un pronunciamiento, que, pese al prestigio de algunos nombres, tiene un carácter visiblemente retrógrado.

En la clasificación un poco insegura de los grupos políticos argentinos, el partido radical tradujo, en cierto modo, el estado de espíritu de la burguesía liberal. El gobierno del Sr. Irigoyen, nacido, bien o mal, del voto libre, tenía una significación esencialmente civil. Las fuerzas militares que lo derrocaron, representan, por el contrario, la concepción autoritaria.

Es indudable que Irigoyen había perdido en dos años su popularidad, a causa de sus errores, en primer término, y a causa también, hay que decirlo, de la crisis económica que alcanza a todos. Su situación se hacía cada vez más difícil. A pesar de la habilidad con que contemporizó con las clases pudientes, a pesar del respeto a la legalidad (que le llevó a perder en Buenos Aires las recientes elecciones legislativas en las cuales las dos fracciones socialistas reunieron más de 200.000 votos) su gobierno, de inspiración democrática, pero desprovisto de programa, mereció a la vez la hostilidad de los conservadores y de la extrema izquierda.

Los conservadores argentinos agrupan una minoría compuesta de grandes terratenientes y de familias tradicionales que usufructuaron el gobierno durante largos años, hasta que la ley electoral del Dr. Sáenz Peña los alejó. Sus dirigentes facilitaron en el pasado a las compañías norte-americanas e inglesas más de una concesión peligrosa. Siempre representaron, en los que refiere a la política interior, la preeminencia de una aristocracia, y, en lo que atañe a la política exterior, la fidelidad al panamericanismo.

Sin exagerar, se puede decir que retardaron durante varias décadas la evolución política y social de la Argentina hasta que triunfaron los radicales en 1916.

Por una paradoja inexplicable, este es el grupo que vuelve ahora al poder con ayuda de un movimiento armado que desconcertó al principio a una parte del pueblo y de la juventud.

El carácter del movimiento se halla definido por los nombres de los dirigentes, todos ellos honorables, pero ligados a la concepción caduca; y por los procedimientos empleados: disolución de las Cámaras y del Concejo Municipal, ejecuciones sumarias, nombramiento de nuevos gobernadores. Esta última medida, normal en otros Estados, es significativa en la Argentina, donde el régimen federal asegura a las catorce provincias el derecho de elegir sus mandatarios. Los nombramientos directos que el grupo victorioso ha creído poder hacer indican una concentración de poderes y una concepción imperiosa que puede poner en tela de juicio la ley electoral y la Constitución misma.

Todo hace suponer, sin embargo, que las fuerzas de izquierda estarán a la altura de la situación. El partido socialista independiente, cuya tendencia es reformista, el antiguo partido socialista marxista, todos los grupos avanzados, desde los liberales hasta los comunistas, se asociarán, aunque sea transitoriamente, frente al peligro. Sólo la dispersión hizo posible la aventura, y sólo la solidaridad puede reparar el daño.

El desarrollo material e intelectual de la Argentina ha sobrepasado las fórmulas a que la quieren retrotraer. Tiene ya, como toda nuestra América, una noción clara de los problemas actuales. Siente la urgencia de organizar la nación en beneficio de la nación misma, y

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA